¿QUIEN?

POR

ALFREDO GOMEZ MOREL

—Eso es todo, juez Nolan. No tenía otra salida. Además, uno de los dos debía salvarse. ¿Quién? Decídalo usted, juez Nolan.

El juez Nolan estaba asombrado. Lo que había escuchado era fantástico. Tenía que dictar sentencia, pero ¿cuál debía ser su fallo? Mientras el hombre que tenía frente al estrado hablaba, el juez Nolan pesaba lo insólito de su declaración.

☆

—Paul era un buen poeta, señor Nolan... Perdón. Señor juez, quise decir. (Hilvano mal. Me evado mucho. ¡Es la vida!) Nos hicimos amigos en un recital de poesía organizado por un Instituto de cultura. Me encantó su aparente originalidad de conceptos. Su generosidad también me cautivaba. Paul sentía sumo respeto por las normas clásicas. Sostenía que no existe el verso libre. Para él sólo existían *el verso* o la fraseología del *poseur,* del flojo. Paul era interesante. Cruzaba ideas antiguas para formar otras ideas que resultaban novedosas.

Dejé de verle por un tiempo. Creo que anduvo de viaje. Dos semanas atrás lo encontré en casa de Andrés, otro poeta al que ambos habíamos conocido en Buenos Aires. Paul me habló de «un gran poema» que proyectaba. En él hacía cuadros generales de los acontecimientos humanos y los relacionaba con su mundo interior, algo desequilibrado. Usted sabe, juez Nolan: todos estos soñadores tienen una lesión psíquica muy íntima y muy propia. Paul tenía la suya. Sostenía que el mundo a él le perdonaba sus majestades interiores, y en cambio Paul, benevolentemente, perdonábale al mundo su atrevida y grosera estupidez.

Como decía, juez Nolan, luego de reencontrar a mi amigo le noté más raro que de costumbre. Digamos... más enfermo. La suya parecía locura. Locura razonante. Paul se enfrentaba con los fenómenos externos que le rodeaban, teniendo la íntima convicción de que él guiaba y decidía los acontecimientos. Pronto surgió el conflicto y provino de este hecho: cuando Paul se estrelló con las realidades se percató que era

muy poco lo que podía guiar, y menos aún lo que podía decidir. Entonces apareció *su* protesta: se encastilló, se hundió en su mudez para que el silencio le sirviera de caparazón. Esta era *su* defensa. (Estas dolencias mentales deben de tener algún nombre, juez Nolan, pero yo no lo conozco...)

En este punto del discurso del acusado, el juez Nolan quiso recordarle que no se trataba de averiguar las íntimas y últimas razones de su acción (eso ya vendría en el juicio); sólo tiene que registrar *los hechos*. Pero la disertación interesaba al magistrado. La consideraba original y novedosa. Como juez, el señor Nolan, en su carrera, había tenido pocas oportunidades para oír exposiciones humanamente interesantes. Oía hechos nada más. Hechos. Sucesos fríos. ¿Las causas? El señor Nolan era un juez de la escuela clásica. Expedientes. Mamotretos. Robos. Hurtos. Homicidios. Estupros. Violaciones. El comportamiento de la bestia. («¿En dónde se ofendió a la sociedad?») Esa era *la cuestión,* lo importante, lo *averiguable*. Pero ahora... («Ejem... Quiero oír. Me interesa.») Dejó continuar al acusado.

—Paul andaba entonces en el trajín de componer una tetralogía poética, juez Nolan. Sin embargo, según él, para crear algo que refleje el acontecer de la aventura humana primero hay que documentarse, ambientarse. Quería llevar a sus versos el producto brutal o suave de las vivencias. ¡Nada de sueños! Así las cosas, un día me invitó a dar un paseo por los arrabales. Acepté. Por lo que pudiese ocurrir, tomé la precaución de llevar mi pistola.

Fuimos a los prostíbulos. Visitamos tugurios, figones, fondines y cafetuchos. Todos los refugios del hampa. En cada parte que entrábamos, Paul hacía hablar a las gentes y observaba. Tomaba notas. Oía con apasionamiento. Poco entendíamos, porque esa fauna gasta una jerga endemoniada y misteriosa, juez Nolan. Tales viajes los repetimos varias noches. Después de cada incursión, Paul sostenía que no había encontrado lo que buscaba. No obstante de aquellas correrías, resultó el primer canto de su tetralogía: MISERIA.

Fué algo sencillamente grandioso, juez Nolan. Todos opinamos así. Paul protestó «¡No! Creo haber fracasado. No es esto. No estoy satisfecho.»

En aquella época, y por pura coincidencia, apareció el amor en la vida de Paul. (Un amor un tanto oligofrénico, o... En fin: no me concierne.) El asunto fué que una noche encontramos un gato abandonado en el resquicio de una puerta. (Sí. Un gato, juez Nolan. Paul era el loco, no yo. Usted me mira extrañado, señor Nolan. Más se extrañará al final de todo esto.) Bien. Prosigo. Paul recogió al animalito y lo llevó

a su buhardilla. (Creo que lo hizo movido por su natural, tan generoso. ¿Me distraigo? Perdón.)

Estas dolencias mentales, juez Nolan, son extrañas porque el que las sufre no sólo confunde los valores, sino también invierte los hechos y representaciones que le ofrece el mundo exterior que le rodea. Al *sujeto* lo convierte en *objeto,* y viceversa. Ama, pero expresando ese amor por medio de actitudes y acciones odiosas y violentas. Siente una necesidad de ser manso y busca la cercanía de lo colérico y él mismo se convierte en un exaltado. En este caso, Paul vió en el gato algo digno de amar en el sentido sentimental del concepto, porque el gato le simbolizaba la felonía, *sus* felonías íntimas. (Ocurre eso entre gato y ser humano, juez Nolan.) Sostenía mi amigo que el de aquel felino era *más amor,* puesto que lo daba meditando de antemano en un final y seguro zarpazo; y aseguraba que el suyo era también *más amor,* puesto que lo daba a un ser mudo e irracional, aunque muy meditador. Paul, juez Nolan, no aceptaba el razonamiento cuando se trataba de cosas de amor. Decía que eso era propio de seres inferiores; que eso era una prostitución del amor, como la estrella se prostituiría *si supiese* que está dando luz. Paul no estaba loco, juez Nolan; pero de aquellas relaciones psico-sentimentales con el gato surgió el segundo canto de su tetralogía: EL AMOR.

Fué algo simple, juez Nolan. Grandioso. Ridículo y sublime, como el loto brotando de la basura. Paul comparó al gato con Laura, ya que sostenía que Laura jamás existió. Era una ficción. «Como pudo ser una robusta figonera napolitana, también pudo ser un gato o una estrella», decía. «Lo que valía era el estado de angustia interior y el deseo de amar de Petrarca», agregaba.

No obstante, seguía insistiendo en que no estaba satisfecho, en que había fracasado una vez más. Sus 'ntimos ya vislumbrábamos el pavoroso infierno en que Paul se estaba hundiendo. (Aquella tronera, juez Nolan, tan semejante a la vida misma, puesto que es una hermosa locura razonante. Ser loco, sabiendo lo que se *es.* ¡Y serlo sin poder evitarlo!) Créame, juez Nolan, que nada hicimos por salvar a Paul (¡le estimábamos tanto!); nos producía un extraño placer el verle hundirse. Gozábamos con su derrota. ¡Todos éramos hombres! (¡Ah! Se me olvidaba advertirle, juez Nolan, que en nuestro círculo no aceptábamos a las mujeres.)

Una tarde Paul vino a mi departamento y me dijo:

—Armando: esta noche visitaremos el núcleo del dolor. Hice *Miseria,* hice *Amor,* ahora debo hacer *Dolor.* Vivamos, Armando.

Me estaba interesando la aventura. Tomé nuevamente mi pistola y acepté la invitación. (Esta vida, juez Nolan, se llena mejor a veces

con actos locos y despiadados.) Le acompañé. Llegamos al lugar que Paul llamaba «el núcleo del dolor».

¡Y claro que lo era! Casuchas de cartón y lata. Sin techo... Ejem... Perdón, juez Nolan. Tenían un techo: las estrellas. (No hilvano bien, me evado, como dije antes.) Lamentablemente, cada estrella era un hueco más en el cielo, un vacío más. Similar a la tierra, juez Nolan. (Sucede que algunos lo llenan con poemas, con envidias, con iras, con sarcasmos, con amor; en fin, depende, juez Nolan, depende. ¿Verdad?) Un cielo vacío. Lleno de huecos, repito. Que nos miraba haciendo guiños. Luminoso e inasible; frío, hermoso como ciertas bocas, como ciertas esperanzas. Prosigo. (Uno se deja llevar, juez Nolan, por un rencoroso amor obnubilante.) Vimos varias casuchas. A su lado corría un río muy semejante a la vida: monótono, silencioso, testimoniante y siguiendo un curso que ni él mismo conocía. Largo, angosto, profundo y arrastrando basuras (¡Puras basuras!) Junto a cada casucha había un fogón macilento y débil que batía sus lenguas rotas sobre unos peñascos parecidos a enormes iconos sagrados. En cada peñasco, un... Sí. Aquellos seres podían llamarse «niños»; escupían, hacían preguntas con sus ojos mudos, reían, amaban *y cantaban.* Más allá, perros tristes, tarros vacíos, piedras solemnes. Un lugar lleno de cosas insignificantes y terribles; tanto, que nos hacían reír. Todos cantaban, repito: eran como los maitines de la desesperación.

Allí, Paul se inspiró para producir su tercer canto: EL DOLOR.

Fué entonces cuando sus amigos sugerimos a Paul que cantara también a la alegría, a la esperanza: «Toda esperanza surge del dolor. ¿Qué otra cosa hice hasta hoy que cantar a la esperanza?», nos replicó. «Pedidme que cante al anhelo (ese que *actúa* en vez de *esperar),* y así me estaréis pidiendo que cante a la alegría», nos agregó. No olvidemos, juez Nolan, que la enfermedad de Paul era como la de muchos individuos perfectamente sanos: se alimentaba del autocastigo, del sentimiento de culpabilidad. Paul decía que odiaba lo alegre porque amaba la verdad, y toda verdad, si quiere imponerse, debe ser triste e inasible. (¿Quién es Dios? ¿Quién?) Perdón, juez Nolan. Nosotros siempre sostuvimos que Paul mentía —sabiendo que mentía—, pero necesitando de aquella mentira para no perder el hilillo de su enfermiza y necesaria esperanza. (Sostiene, eso.) Paul odiaba lo triste, y sólo por eso lo cantaba en sus poemas: para hacerlo más notorio, más «personaje», en el drama. Esa era la verdad de Paul. También era una de sus muchas alienaciones, juez Nolan. (No me refiero a usted, juez Nolan. Me refiero a Paul, naturalmente. Aclaremos.) Son de aquellas alienaciones, juez Nolan, que lo obligan a usted a hacer una exaltación de lo que usted más odia. Toda dolencia social... ejem... Toda dolencia

mental, quise decir (no olvide que me evado), se distingue por eso: se agiganta lo grande no porque se ame la grandeza, sino para poner más de relieve nuestra propia pequeñez, para autocastigarnos. Y se hacen versos a la decepción, al tedio de ser y de vivir, a la pobreza, a la desesperanza, pero con el único objeto de restar belleza al anhelo, que es la fe, que es la alegría. Se hacen creaciones desesperanzadas para desvirtuar a la esperanza: qué rara es nuestra condición, juez Nolan, ¿verdad? (Son peligrosos los poetas: ¡buscan mucho a Dios!) Bien, juez Nolan; permítame que le explique: los hombres como Paul se mutilan deliberadamente porque parten de la enfermiza obsesión de que el amor es un medio de vida y no un fin. Yo diría, juez Nolan, que la grandeza que estos genios conquistan no es otra cosa que la confesión sincera y dolorosa de su propia pequeñez. Conciencia de ser pequeño. En esa conciencia se alimentan y de ella sacan sus cantos. Hacen belleza, pero destructiva, injusta. Conducen hacia la derrota, y nos conducen con el alma llena de esperanzas y de risas. Para esos poetas jamás faltaron los seguidores, porque en la vida siempre habrá desesperanzados sin causa. (¿Esto es autocrítica? ¿Desordenado, verdad, juez Nolan? *Anarkos*. ¡Cuán bello es el desorden *ordenado* con arte!)

Paul, señor Nolan, fué hundiéndose en aquella derrota hasta que al final encontró el despedazamiento que él tanto ansiaba. Por destrozar resultó destrozado. (¿Es el equilibrio natural de la vida y de las cosas?)

Una noche llegó a mi cuarto y me dijo:

—Armando: debo concluir mi tetralogía. Me falta un solo canto. Esta noche me acompañarás, porque iremos en busca del modelo apropiado.

Yo, juez Nolan, cada día sentía más inquietud, porque veía que la dolencia de Paul seguía una constante ascendente y progresiva. Yo sabía que ella tendría que desembocar en el final al que conduce toda locura humana: el suicidio. (Hiroshima, Nagasaki... Pero, perdón.) Paul hablaba con admiración de «la bella destrucción masiva». También llevaba en su alma un «Führer-Dantzig» de juguete. Examinaba con interés morboso los últimos días de todas las civilizaciones antiguas. Estaba derrumbándose, pero con elegancia, con finura de galaxia que se hunde en la nada y se expande. Paul se demolía a sí mismo con el único objeto de probar *su* verdad. Pero, repito, lo hacía con un cierto buen gusto imposible de resistir. Todos temíamos que nos arrastrase en su caída. Hay males que se propagan, y el de la rosa deshojada es el más siniestro. Si usted, juez Nolan, no se busca «un tope», también sucumbe, sonriendo. Paul sostenía que la música chi-

llona y distorsionada era un excelente «tope». «El único remedio que hay contra la angustia es aumentar la angustia», decía. En fin, volvamos al asunto principal.

Acompañé a mi amigo nuevamente. Primero fuimos a un hospital. Ahí habló a solas con el médico de guardia. Yo me aparté de ellos porque consideré impertinente oir algo que claramente se me quería ocultar. Creí que Paul pensaba darme una sorpresa. Luego de hablar con el médico, me dijo: «Vamos. No es esto lo que ando buscando. ¡Puros cadáveres! Casi todos, de varios días. No sirven.» Salimos de aquel hospital y nos dirigimos a otro. Allá se repitieron las misteriosas conversaciones. Yo, juez Nolan, no sabía decir si me gustaba o me molestaba el asunto. Decidí seguir el juego hasta el final. Salimos del segundo hospital y, en la puerta, Paul me dijo: «¡Ya! Lo tengo; tomemos un taxi. Hoy murieron doce personas. Lo leí en la prensa.» Tomamos el taxi y nos dirigimos a un cementerio. (Sí, señor Nolan. No me mire así, por favor: yo no soy el loco, aunque usted lo crea. A un cementerio, dije.) Estaba cerrado porque ya despuntaba el alba. Lo rodeamos, y Paul me ordenó que saltáramos una de las tapias posteriores. Le pedí que me explicara de qué se trataba, pero me dijo: «Ya verás. Sígueme.»

Le seguí.

Algo había en aquel asunto que realmente me entusiasmaba. Me producía miedo también, es verdad. (¿Yo necesitaba una respuesta acaso?)

Saltamos la tapia y caímos justamente en aquel sector en donde se encuentran situadas las tumbas a flor de tierra. Aquellas sepulturas, juez Nolan, de los seres que en vida amaron, sufrieron y murieron sin saber por qué ni para qué. Era casi el alba. Había difusa luz crepuscular. Veíamos casi nítidamente todo lo que nos rodeaba. Avanzamos por en medio de una hilera de tumbas coronadas de cruces. Breves y humildes leyendas grabadas en trozos de tablas pintadas con cal señalaban en cinco centímetros cuadrados toda la historia de una vida. («Nació el... Murió el...» Y nada más, juez Nolan. ¡Esto es atroz!) Un vientecillo burlón silbaba por entre los ramajes de los pinos taciturnos. De cuando en cuando se oía el «croac» de los buhos, graves confidentes de la muerte, mudos apóstoles del fin. Saltábamos sobre los montículos de tierra y huesos para no pisar una que otra florecilla que los circuían. De pronto, de una tumba salieron unos perros. Yo sentí un miedo atroz. Ambos dimos un salto hacia atrás. La tumba estaba semiescarbada. Uno de los perros llevaba en su hocico un fémur humano. Una «canilla». Se quedó mirándonos desafiante. Paul quiso acercársele, pero el animal gruñó amenazador sin soltar su horrible

trofeo. Los perros restantes nos rodearon. Todos eran siniestramente flacos y todos gruñían con envidia al de la «canilla». Temí que nos atacaran, y lo habrían hecho de no haber mediado otro incidente más feroz aún. De otra tumba salió un estertor, una especie de gemido. El ruido distrajo a los perros y a nosotros. Paul no perdió la calma, pero yo sentí como que algo lleno de espinas me corría los intestinos, rasguñándolos. Paul avanzó por en medio del cerco de perros y lo cruzó como si jamás hubiese existido. Se dirigió al lugar de donde provenía el gruñido y me hizo una seña para que lo siguiera. Lo hice.

Un hombre dormía roncando.

Andrajoso, barbudo, sucio. Dormía en el interior de una tumba cuya puerta había sido descerrajada. Paul se le acercó. Lo miró fijamente. Le palpó el lugar en que el hombre tenía el corazón y me pareció que *medía* la distancia que había entre ese corazón y la espalda. El hombre seguía roncando. Paul le arremangó su mugrienta camisa y dejó al descubierto una barriga azulosa que subía y bajaba trabajosamente con la respiración. Yo tuve la impresión de que en aquel momento Paul miraba ese vientre con ojos de cirujano. Pero sonrió. Me miró y dijo: «Tampoco es esto lo que necesito. Recordemos que «dormir es morir»...»

Seguimos avanzando.

Yo temblaba ante ese espectáculo grosero y macabro.

Llegamos a una plazuela en donde limitaban las tumbas pobres con las ricas. (La lucha también sigue ahí.) En la plazuela, Paul se detuvo, pero antes cortó una rosa roja y maravillosa que brotaba en un jardincillo. Aún me pregunto por qué esa rosa estaba allí. Creo que ella fué la culpable de todo. Los perros nos seguían. Quiso seguir caminando, pero se detuvo repentinamente y se quedó mirando fijamente la rosa. (Era roja: ¿un precipitante psíquico?) Perdón, juez Nolan, me evado.

Con algo así como desesperación, le pregunté:

—Pero, Paul, ¿qué hacemos aquí?

Los hechos que siguieron fueron veloces y horrorosos. (¿Como un adiós? ¿Como morir?) El rostro de Paul se desencajó. Hizo una mueca macabra mientras besaba la flor y aspiraba su perfume. Lentamente, con una lentitud terrible, fué acercándose a mí, mientras de un bolsillo interior del vestón sacaba un enorme estilete. Se acercaba y me decía: «Morirás tiernamente. Con un beso y un abrazo de tu amigo. Veo la muerte. Eres tú. Morirás con el suave caer de esta rosa. Armando, amigo mío, ¡te quiero tanto! Déjame traicionarte. Te amo, Armando. Déjame ver cómo muere la muerte: ¡tú! ¿Ves esta rosa? ¡Sangre! Sangre que te nutre. La culpa fué mía, Armando. Creí encontrar «mi

modelo» en los hospitales, en la Morgue. Allí sólo había muerte consumada. Materia inerte. He fracasado, Armando. He fracasado. Todos mis cantos anteriores resultaron falsos. Sólo éste será veraz. No había miseria en el prostíbulo. Amaban. Se violentaban, pero amaban. Y en donde hay amor, hay esperanza. Donde hay esperanza no puede haber miseria. ¡Y aquel gato! ¡Ah! No era el amor. *Sabía* que lo amaban y arañaba. El amor no debe saber nunca nada. Amor total es el que ignora lo que da y lo que recibe. Fracasé con el gato. Es ridículo. Irritante. Hice un canto falso; por eso tal vez gustó. Y junto a las casuchas del río los niños cantaban. ¿Puede haber dolor cuando alguien canta? El dolor es vociferante. Aúlla. Grita. Taladra. Blasfema. ¡Si es humano al fin! Sólo el dolor divino es silencioso. Recordemos el Getsemaní. Pero ahora, Armando (y seguía acercándoseme, juez Nolan), ahora todo es distinto. Por ti haré el último canto de mi tetralogía: MUERTE. Te veré morir. *Sabrás* que estás muriendo sin poderte explicar el porqué. Eso es morir. Ver que uno se va sin que nada ni nadie lo pueda detener y no poder explicarse por qué sucede aquello. Te mataré blandamente, porque el dolor brutal no es dolor. Y quiero ver tu dolor para que tu muerte sea muerte. Déjame traicionarte, Armando; soy hombre, ¡te amo tanto! Quiero ser más hombre. Sacrifícate. Otros ya lo hicieron antes...»

Y seguía acercándose, juez Nolan, con el puñal en una mano y con la rosa en la otra. Esa flor parecía la prolongación de su brazo y su estilete. (Una reproducción, juez Nolan. Estoy trastrocando las cosas. ¿Estaré loco? ¡Qué desorden!) Mientras avanzaba ladeaba su cabeza hacia un costado, como si en los hombros llevase una cruz. Creo que Paul quería repetir en mí la verdad dolorosa del Calvario. ¡Paul era tan generoso, juez Nolan!

—Paul, ¡estás loco!—le grité para ver si reaccionaba.

—No. No estoy loco—me repuso—. Eres la vida. Como eres la vida, sólo tú puedes matar al anhelo. Haré la canción perfecta. No mataré a un hombre. Mataré una verdad, una actitud desafiante de la eterna esperanza humana. Para vivir una verdad hay que matarla. ¿Ves lo que ocurre con la libertad?

Yo, juez Nolan, para ganar tiempo, le pedí que me permitiese ver el retrato de mi esposa por última vez.

—Sí. Míralo—me repuso—. Míralo bien y dile adiós: empezarás a morir más dulcemente con ese adiós. Recuerda que el vocablo contiene a Dios. Y porque lo contine, es la más lejana de todas las verdades, la más inasible. Nadie debe morir sin antes haber negado algo con su fe más intensa. Muere para que todos crean en tu verdad. Yo,

el hombre, te lo exige. Niégate y muere, porque no podrás jamás aprender a vivir sin anhelos.

Y se quedó esperando a que yo sacara el retrato.

Los perros nos rodearon nuevamente. El que tenía el fémur humano en su hocico no lo había soltado aún. Estaba sentado en sus patitas traseras. Los otros perros adoptaron la misma postura. Ese perro con el hueso entre sus maxilares me produjo la impresión de que se reía, de que se burlaba. Había algo eterno en él.

Rápidamente, juez Nolan, metí la mano en el bolsillo de mi gabán, saqué la pistola y disparé a matar. Todas las balas dieron en el pecho de Paul. Empezó a caer lentamente. Me miró estupefacto. Miraba la rosa. La sangre que manaba del pecho se confundía con los pétalos de la flor. Se diría que ella era una prolongación de su propio corazón. (Del de Paul, juez Nolan, no del suyo.)

El perro soltó su «canilla» y, junto con los otros, se me acercó moviendo su rabo: *yo había vencido.*

☆

Eso es todo. No pude evitarlo, juez Nolan. (No me mire así, juez Nolan. No; no estoy loco. Estoy diciendo una verdad. Mi verdad. ¿Por qué habría de estar loco yo?) Uno de los dos debía salvarse. ¿Quién?

Decídalo usted, juez Nolan. Es su oficio de hombre.

No... No estoy loco... No. No estoy lo...

Alfredo Gómez Morel
Cárcel Presidio de Valparaíso
Celda 128
CHILE